

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.	
En provincias.	Un mes.....	9
	Trimestre...	27
	Semestre...	52
	Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.	

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Quinto Sertorio (conclusion).—Despedida (poesía).—Viajes: la república de San Marino.—En un álbum (poesía).—Historia natural.—El Arrepentimiento es un nuevo bautismo: novela de costumbres sociales, original (continuación).—Revista literaria.—Modas.—Espicacion del figurin de niños.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

QUINTO SERTORIO.

(Conclusion) (1).

V.

Á pesar de las ocupaciones y fatigas de la campaña, Sertorio, deseoso de mostrar su reconocimiento á los pueblos que con tanta fe y tanto teson defendian su partido, se dedicó á plantear en la Península la civilizacion romana, seguro de derramar con ella saludables beneficios.

Armó, pues, sus soldados al uso de Roma, los dis-

tribuyó en legiones y centurias, y nombrando prefectos y tribunos, les enseñó la táctica y la disciplina de las tropas italianas.

Formó un Senado de las personas mas nobles de su bando; creó todos los cargos de una república, y logró implantar en el corazon de la España los usos y costumbres de Roma.

Levantó los muros de Évora, é hizo su templo y acueducto; fundó una universidad pública en Huesca, donde profesores griegos y latinos enseñaban la gramática y retórica á la juventud española, la cual, concluido el curso, era admitida como los ciudadanos romanos en los cargos y empleos honoríficos de la república, rompiendo así las leyes exclusivistas del gobierno de Roma, que miraba como á bárbaros á todos los extranjeros.

Con semejante conducta el nombre y la fama de Sertorio llegó á tal altura, que el Senado romano, temeroso de verle llamar algun dia con la punta de su espada á las puertas de la misma Roma, comprendió que era llegado el momento supremo.

Entonces reunió un ejército mucho mas numeroso que los anteriores, y dando la direccion del mismo al jóven Gneo Pompeyo, cuyas hazañas le habian con-

(1) Véase el número anterior.

quistado ya el sobrenombre de *Grande*, le ordenaron pasar á España á reunirse con Metelo.

Sabedor Sertorio de la llegada de este nuevo refuerzo, y considerando que si llegaban á reunirse le seria difícil destruirle, trató de impedir el movimiento.

Pero colocado por la fuerza de las circunstancias en una posicion desventajosa, en donde si trababa el combate su derrota era segura, y conociendo que solo podia salvarse efectuando una prudente retirada, se disponia á emprenderla, cuando sus soldados prorrumpieron en gritos pidiendo acometer.

En tan críticas circunstancias Sertorio oculta su cierva, y dirigiéndose al ejército, le dice:

«Soldados, yo soy el primero que deseo medir mi acero con el del enemigo; yo soy el primero que correria á trabar el combate, si una revelacion divina no me hubiera asegurado de que nos espera una sangrienta derrota.

«Diana, enojada por el poco valor de algunos de los míos, me ha retirado su ayuda; mi cierva favorita ha huido, y nosotros debemos rehusar el combate hasta que, aplacada por medio de sacrificios la cólera celeste, podamos correr á las armas seguros de la victoria.»

Las palabras del caudillo llevan la persuasion al corazon de todos; la retirada se efectúa, y Sertorio salva de aquella manera su reputacion y su renombre.

Cuando las circunstancias volvieron á serle favorables para abrir nueva campaña, el general ofreció numerosos sacrificios en honor de Diana; la blanca cierva volvió á aparecer, y Sertorio, presentándola á la hueste, la exhortó al combate, asegurándole la victoria.

Los soldados, llenos de fe y de confianza, cayeron sobre las huestes enemigas, y nuevos laureles vinieron á ornar la frente del invencible caudillo.

VI.

Pero Roma, viendo lo imposible que era rendir con las armas á aquel soldado protegido de la fortuna, apeló, como en otras ocasiones lo habia hecho, á la traicion y al dolo.

Perpena, aquel hombre que á despecho suyo y obligado por la voluntad de su hueste se agregó al

partido de Sertorio, fue el encargado, merced á una gran cantidad de talentos de plata, de arrancar la vida á su esclarecido jefe.

Para conseguir su objeto empezó á sembrar las dudas y la envidia en la misma hueste sertoriana hasta que alcanzó que algunas almas, tan malvadas y miserables como la suya, se prestasen á secundar sus planes.

Entonces fingió una carta de uno de los tenientes del general, en que le daba cuenta de una victoria, cuando este ensalzaba lleno de gozo el valor de sus soldados, el traidor Perpena se presenta, y aprovechando la ocasion le invita para un banquete dispuesto en celebracion de aquel nuevo triunfo.

Sertorio admite gustoso, y, sin recelar nada, acude al sitio del festin, seguido solamente de sus dos secretarios Versio y Mecenas.

Los conjurados Perpena, Lucio Fabio, Marco Antonio, Malio, Grecino, Anfidio y Tarquicio esperaban el momento oportuno para terminar su obra.

Los vinos generosos chispeaban en las copas, y la alegría empezaba á retratarse en los semblantes cuando Perpena hizo la señal concertada.

Entonces Marco Antonio desnudó con rapidez su acero y le dirigió lleno de ira contra el noble pecho de Quinto Sertorio.

Este bravo caudillo trató de ponerse en defensa pero fue tarde; las espadas de los demas conjurados le arrancaron la vida.

Así murió aquel esforzado guerrero, á quien no pudieron vencer los mas esclarecidos capitanes de Roma.

Así pereció el último jefe bajo cuyas banderas lucharon por su independencia los españoles, pues las guerras que ensangrentaron posteriormente el suelo de nuestra patria solo aparecen como meros auxiliares.

Poco ó nada gozaron los asesinos de Sertorio fruto de su crimen.

Perpena, el principal de ellos, reconocido por jefe de la hueste, fue derrotado y hecho prisionero por Pompeyo, que le mandó decapitar.

Sus demas cómplices, unos tuvieron el mismo

y otros, huyendo al África, perecieron sufriendo todo género de privaciones.

La Providencia siempre es justa.

JULIAN CASTELLANOS.

DESPEDIDA.

A mi querida amiga la dulce poetisa Rogelia Leon.

Quando al caer la tarde mansamente,
escuchando del céfiro el gemir,
lo sientas resbalar sobre tu frente,
¿te acordarás de mí?

¡Adios, dulce Rogelia! comprimido
siento el pecho en las ondas del dolor;
siento estallar el llanto reprimido,
y agitado latir el corazón.

¡Ay! que al dejar esta mansión, el alma
tiende hácia ti su vuelo con afán
como en desierto la gigante palma
sus brazos tiende á Dios con ansiedad.

¡Por qué te conocí, Rogelia mía,
hallándote mejor que te soñé,
si la luz que ese sol hoy nos envía,
lejos de ti mañana miraré?...

¡Ay! ¿para qué es vivir, si en los umbrales
de la vida encontramos el dolor?

¿Si luego entre iracundos vendabales
se estrella en un desierto el corazón?

¡Ay! ¿para qué es vivir, si en nuestra mente
fijamos de ventura un porvenir,
y al instante que pasa, en nuestra frente
marca el sello de un bárbaro sufrir?...

Y esperando venturas en la tierra,
cándidas horas de tranquila paz,
luchamos, sosteniendo cruda guerra,
y el bien se aleja y nos circunda el mal.

Y cuando henchido de esperanza el pecho,
un rayo de ventura llega á ver,
el mal que nos circunda, en su despecho,
se apresura ese rayo á oscurecer.

¡Ay! ¿para qué es vivir, Rogelia mía,
para qué, si en el mundo hay solo afán,
si el sueño de mi ardiente fantasía
ese mundo tal vez me robará?

Si del alma he de ver las puras flores
marchitas por el viento del dolor,
si he de mirar la aurora sin colores,
sin gala el prado, sin su luz el sol...

Hoy que de ti me alejo, marchitada,
una cándida flor me dejo aquí;
con mi llanto, Rogelia, está regada,
ese llanto, esa flor son para ti.

Si admites con angélica sonrisa
el don que te presento de mi amor,
con su aliento, en mi pecho hará la brisa
nacer otra mas bella y tierna flor.

Si recuerdas mi nombre en nuestra ausencia,
y un suspiro me mandas de pesar,
en él encontraré la dulce esencia
que á las flores del alma ha de faltar.

Y si al caer la tarde mansamente,
escuchas de las auras el rumor,
en ellas pasará sobre tu frente
mi suspiro de amor!

AURORA CÁNOVAS G. DEL CASTILLO.

Almería.

VIAJES.

LA REPÚBLICA DE SAN MARINO.

Si la superficie del globo terrestre contiene fenómenos admirables y espectáculos naturales sorprendentes, también los seres racionales que lo habitan presentan otros no menos dignos de atención en la diversidad de sus costumbres y en la disparidad de las bases constitutivas de sus sociedades y agregaciones. Si nacen volcanes en medio de las aguas del mar, hay hombres que devoran y se comen á sus semejantes, y lo gradúan de acción meritoria. Las sociedades humanas, como el planeta en que existen, presentan hechos contradictorios, desórdenes, incoherencias, y, sin embargo, las leyes esenciales que rigen ambas cosas son inmutables y consecuentes.

Imposible parecerá que en una nación tal como la Italia, país objeto continuo de la ambición de Francia, España y Alemania, tantas veces conquistada, presa continua de guerra civil y extranjera, cuya faz política ha mudado tantas veces, exista una repú-

blica democrática é independiente, y cuenta siglos de existencia. Tal es el Estado de San Marino. Esta república no tiene marina para dominar los mares, no tiene ejércitos para sostener sus derechos, no tiene representantes en las cortes de Europa, ni cuenta con la alianza de ninguna potencia. Su fuerza consiste en su antigüedad, en su seguridad, en su corto territorio y en la pobreza de sus moradores.

La república de San Marino está situada en la porción de la Italia central que formó parte de la Etruria, de la Umbria y de la Galia Cisalpina llamada Romana, al Sudoeste de Rimini, y distantes algunas millas del Mediterráneo. Su territorio comprende la estension del monte Titan, con las colinas que le cercan. El número de sus habitantes pasa apenas de seis mil. La principal población, que está situada en lo mas elevado del terreno, domina algunas aldeas, tan próximas, que un solo centinela colocado en la torrecilla del monte de la Guaita (garita) puede guardar toda la estension de la república. Cuarenta ciudadanos armados forman el ejército, y, sin embargo, nunca el monte Titan ha visto flotar en su cumbre la bandera de un conquistador. Cuatro cañones que el general Bonaparte regaló á San Marino en nombre de la república francesa, son su única artillería, que jamás ha disparado mas que en señal de júbilo. Doscientos ochenta mil reales son las rentas del Estado, y sobran para cubrir sus cargas.

Desde lo mas alto del monte se goza de un espectáculo sorprendente. Hacia el Continente se ven rocas enrespadas, tajos altísimos, y nubes que, manteniéndose en una region inferior, ocultan profundos precipicios. Hacia el Occidente, una falda poco pendiente, bien cultivada, con un cielo azul, una mar tranquila, y mas lejos á veces las cumbres de los montes de la Dalmacia doradas por el sol Poniente. En este espacio blanquean en distintos términos las poblaciones de Rávena, Faenza, Forli, Bertinoro, Cervia, Cesana, Rimini, San Leo, Pesaro, Urbino y Ancona, y todas ellas llevan en sí los rastros de las revoluciones y de las vicisitudes de los grandes imperios. En San Marino todo es calma, todo uniformidad; lo que es ahora, lo ha sido siempre, y lo pa-

sado alienta, lo presente satisface, y el porvenir todo esperanza.

La fundacion de la república se remonta hasta los primeros siglos del cristianismo, en tiempo de Constantino, el primer Emperador romano que profesó fe católica. Marino, pobre albañil que vivia en Rimini, viendo la corrupcion de las costumbres que ocasionando la persecucion se habia introducido entre los cristianos, principió á combatirla con piadosos discursos, y á reunir discípulos que le ayudasen en esta santa mision. Al momento se vió denigrado y perseguido por todos los egoistas y profanos, y viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, salió de Rimini seguido de algunos cristianos, resueltos á no abandonarle, y fijó su residencia en lo alto de la montaña que es hoy el centro de la república de San Marino.

El monte de Titan, agreste é inculto entonces, era propiedad de una matrona idólatra llamada Felicia, que noticiosa de la santidad de Marino, y ansiosa de oír sus piadosas pláticas, fue á verlo, y después de haberse convertido, con sus hijos y cincuenta criados, le hizo donacion libre y absoluta del monte y territorio.

Entonces Marino dividió el terreno entre los que le habian seguido, y tuvo el gusto de ver aumentar el número de sus prosélitos, y entonces constituyó una sociedad, dándole una ley fundada en el Evangelio.

Tal fue el origen y los elementos de un Estado fundado en la moral, y cuya sola política era el bien bajo.

Varias veces, durante los turbulentos tiempos de la Edad Media, ha visto amenazada su existencia por la ambicion de los principes comarcanos, y los derechos alegados por la corte de Roma; pero siempre ha salido triunfante, apoyada en su justicia.

Cuando Bonaparte conquistó la Italia, no solo respetó este santuario de la paz y de la libertad, sino que le ofreció su proteccion y un aumento de territorio, que no fue admitido por los independientes republicanos.

Para demostrar con un último rasgo el verdadero carácter de la república de San Marino, baste decir que, verificada la revolucion de Polonia, cuando los desventurados proscritos de esta nacion vagaban por todas partes sin hallar asilo que les rehusaban.

Estados mas poderosos, ó solo se lo concedian con vergonzosas condiciones, San Marino tuvo el valor y la generosidad suficientes para ofrecérselo, libre, espontáneo y sin ningun vejámen.

D. P.

EN UN ALBUM.

CANTO PRIMERO DE TIRTEO.

Al frente de todos caer el primero,
Dejar á la patria su aliento postrero,
No hay nada mas bello teniendo valor!
No hay pena mas fiera que errar mendigando
Los campos fecundos, la villa dejando,
Del padre y la madre cediendo al clamor.

El débil que á triste pobreza se humilla,
La frente se cubre de afrenta y mancilla:
Al verle las gentes la espalda le dan;
Su raza deshonra, desmiente su cuna,
Tan solo le sigue vergüenza importuna,
Y acaba en olvido su misero afán!

Luchemos valientes, mancebos lozanos,
Por nuestros hogares, por nuestros hermanos,
Por hijos y esposas, armada la sien:
Salvar no queramos cobardes la vida,
Luchemos en hueste tremenda y unida,
Juntemos escudos y cuerpos tambien.

No sienta ninguno temblar la rodilla,
Ni ponga el espanto su tez amarilla,
Ninguno á la huida se apreste servil,
Magnánimo esfuerzo los pechos aliente;
Quien muelles é indignos afectos no siente,
No muestra al contrario pavura pueril.

¡Quién huye, soltando la espada sus manos,
Dejando á los flacos guerreros ancianos
La furia del choque feroz sostener?
Es mengua que al viejo sin fuerzas, el mozo
Que aun tiene en el rostro los fuegos del bozo
Consienta en las filas primeras caer!

Es mengua en los mozos que muera por ellos
Quien tiene ya blancos la barba y cabellos,
Que rueda cubierto de sangre y sudor

Mordiendo la tierra, la vida exhalando,
Sus manos temblosas en vano ocultando
Su cuerpo desnudo con pena y rubor!

¿Y quién esa infamia contempla ó escucha?

Mas cumple que arriesgue su vida en la lucha
Tan solo á la heróica viril juventud
En tanto que duran los años mejores,
Y ciñen sus sienes laureles y flores,
Y el pecho le inflama amor y virtud!

Admiren amantes las tiernas doncellas
Al jóven hermoso que lucha por ellas,
Y al frente de todos con ánimo ven;
Y no es menos bello cayendo cual fuerte,
Nublando sus ojos la cárdena muerte
Al frente de todos herido en la sien!

PEDRO DE MADRAZO.

HISTORIA NATURAL.

Habiéndonos propuesto dar en nuestro periódico unas nociones de la historia natural, conocimiento que tan útil es á toda clase de personas, y especialmente á la clase del pueblo, al que por lo costosas y voluminosas que son las obras que tratan de esta ciencia no le es fácil adquirirlas, creemos que nuestros lectores verán con gusto estos artículos, que no se presentan aislados, sino guardando un orden sucesivo, de manera que á muy poca costa, sin trabajo, se tendrán al cabo de algun tiempo unas lecciones completas de historia natural que podrán servir para la instruccion del pueblo, y que serán un metódico y sencillo extracto de cuanto sobre tan interesante materia han escrito Buffon, Cuvier y otros célebres naturalistas.

EL HOMBRE.

El hombre es el primer ser que merece considerarse en la naturaleza. El hombre se compone de dos principios diferentes por su naturaleza, y contrarios por su accion. El alma, principio espiritual, principio de todo conocimiento, siempre está en oposicion con el otro principio animal y puramente material. El primero es una luz pura, serena, tranquila, ma-

nantial fecundo de la ciencia, de la razon, de la sabiduría; el otro un fuego fatuo que solo brilla en las tinieblas y en la tempestad, un torrente impetuoso que arrastra en pos de sí las pasiones y los errores.

El principio animal se desarrolla primero en el hombre, y como puramente material comienza á obrar desde que el cuerpo es capaz de recibir las sensaciones del dolor ó del placer, y determina el uso de los sentidos. El principio espiritual es mas tarde en su desarrollo, y se perfecciona por medio de la educacion. Por la comunicacion de los pensamientos de otro adquiere el niño sus ideas, se hace pensador y razonable; sin ella seria estúpido ó fantástico, segun el grado de inaccion ó actividad de su sentido material interno.

Fácil es á cualquiera, considerándose á sí mismo, el conocer la existencia de estos dos principios. Instantes, horas, dias enteros hay en la vida en que podemos juzgar, no solamente de la certeza, sino tambien de la contradiccion de estos principios. Hablamos de ese estado de fastidio, de indolencia, de disgusto en que el hombre nada determina, en que obra contra su voluntad.

En este estado, nuestra existencia parece dividida en dos personas: la primera, que representa la facultad razonable, vitupera, condena lo que hace la segunda, pero no es bastante fuerte para oponerse á ella para vencerla. Al contrario, esta última, formada de las ilusiones de los sentidos y de la imaginacion, obliga, arrastra, y muchas veces encadena á la primera y nos hace obrar contra lo que pensamos, ó nos obliga á la inaccion cuando nuestra voluntad es hacer lo razonable. Cuando el principio razonable domina, puede el hombre ocuparse tranquilamente de sí mismo, de sus amigos, de sus negocios; pero aun entonces se conoce, aunque no sea mas que por involuntarias distracciones, la presencia del otro principio. Cuando este á su vez llega á dominar, el hombre se entrega con ardor á la disipacion, á sus gustos, á sus pasiones; apenas tiene tiempo de reflexionar sobre los objetos que le rodean, que forman su afeccion.

En ambos estados es feliz: en el primero manda con satisfaccion; en el segundo obedece con placer.

Como un solo principio está en accion, no hay oposicion, no hay contrariedad interior, y nuestra existencia nos parece una, porque solo experimentamos un impulso simple, y en esta unidad de accion consiste la felicidad. Por poco que por la reflexion vituperemos los placeres, ó que la violencia de las pasiones nos haga aborrecer la razon, dejamos en aquel mismo punto de ser felices, perdemos la unidad de nuestra existencia, en la que consiste la tranquilidad; la contrariedad interior se renueva, las dos personas se representan en oposicion, y los dos principios constitutivos del hombre se hacen sentir, manifestándose por las dudas, inquietudes y remordimientos.

De aquí deduciremos que el estado mas infeliz en el hombre es aquel en que estos dos poderes soberanos de su naturaleza hacen á la vez un gran movimiento, pero un movimiento igual y de equilibrio. Entonces es cuando el peso profundo, el horrible disgusto no deja al alma otro deseo que el de dejar de existir, no le permite mas accion que la de la propia destruccion, y en tan lamentable estado es cuando muchos infelices han terminado fria, voluntaria y violentamente su existencia.

M.

EL ARREPENTIMIENTO

ES UN NUEVO BAUTISMO.

NOVELA DE COSTUMBRES SOCIALES,

original

DE JULIAN CASTELLANOS.

(Continuacion) (1).

¿Por qué crees tú que yo estoy aquí? Por no haberme querido poner en relieve ante los ojos de esa misma sociedad que hoy me condena: por un duelo.

—Si; pero el duelo está prohibido por todas las leyes, y le rechazan además de consuno la moral y la razon.

—Pues ahí tienes una prueba mas del cúmulo

(1) Véase nuestro núm. 59.

contradicciones injustas que encierra en sus leyes esa sociedad tan alabada.

Mira: si un hombre te provoca, y admites, y por mas afortunado, ó mas valiente, consigues arrancarle la vida, la sociedad te condena por haber faltado á la ley.

Si, al contrario, á pesar de sus insultos, de su provocacion, te niegas á batirte por respeto á esa misma ley, la sociedad, interpretando torcidamente tu prudencia, se rie de ti, y señalándote con el dedo, dice con el mas horrible sarcasmo: «Ese hombre es indigno de alternar con los demas; es un miserable, porque ese hombre es un cobarde...»

De modo que ya ves con qué doble criterio juzga la sociedad nuestras acciones.

Pues bien; lo mismo que con eso sucede con todo: el hombre colocado en sociedad tiene el deber, segun dicen, de ganar el sustento por medio del trabajo: tú mismo has visto que despues de estar trabajando dias enteros no has podido cubrir con el producto de tus labores tus primeras necesidades, al paso que otros, sin hacer nada, gastamos y derrochamos sumidos en mares de felicidad y de abundancia.

Y dime, ¿á quién trata la sociedad con mas consideraciones, á ti, á pesar de que llenas con toda la fuerza de tu corazón tus deberes, ó á mí, que me mofa de sus ridiculos preceptos y la desprecio?

Tú, cuyo delito es solamente imaginario, te morirás probablemente de viejo en esta cárcel, al paso que yo, que de una manera ó de otra he arrancado la vida á un semejante, gozaré, tal vez hoy mismo, de las delicias de la libertad.

Ademas; aun cuando tu inocencia se pruebe y salgas de aquí, cosa bastante difícil, porque probablemente si reciben declaracion á los que presenciaron el hecho no habrá entre todos ellos uno que no te designe como culpable, ¿qué te espera despues de esto? Volver á tu miserable buhardilla, donde tal vez encuentres á tu pobre madre muerta de hambre.

—¡Ah! teneis razon; yo necesito salir de aquí ahora mismo; yo tengo en el bolsillo la llave de mi buhardilla; yo necesito salir de aquí y salvar á mi madre, que despues yo procuraré, á costa de mi trabajo, proporcionarla cuanto necesite.

Yo sabré, á fuerza de asiduidad y constancia, labrarme una posicion que me ponga al abrigo de otra nueva desgracia como la que me tiene sumido en esta cárcel.

—Esas son ilusiones, desengáñate; en esta vida es casi tan imposible como tocar con una mano en el cielo labrarse una fortuna, siquiera sea poco crecida, solamente con el producto que se consiga trabajando.

Y, ademas de eso, ¿crees tú que la gente que te conozca y sepa que has estado preso por ladron, te dará con tales antecedentes trabajo? No; nó te hagas esas ilusiones, que verás desvanecerse tan pronto como pongas de nuevo los pies en la calle.

Eso en cuanto á lo de procurar con qué sostenerte al salir de aquí: ahora, respecto á la manera de recobrar tu libertad, ¿con qué influencias cuentas para que hoy mismo te pongan en la calle, que es lo que tú necesitas para salvar á tu madre?

—¡Oh! teneis razon; yo soy solo en el mundo; no tengo mas pariente que un hermano de mi madre cuyo paradero ignoro; yo no conozco mas personas que un oidor de la Audiencia que me da trabajo, pero á quien no quiero enterar de que me encuentro preso.

Yo no tengo ninguna persona que se interese por mí, y mi pobre madre va á morir sin que nadie la socorra.

¡Oh! ¡esto es horrible, Dios mio, esto es horrible! y el jóven empezó á llorar amargamente.

—Vamos, no te entregues de esa manera á la desesperacion; yo puedo devolverte esa libertad que necesitas.

Yo puedo colocarte en una posicion que, sin necesidad de trabajar, proporciones á tu madre cuantos recursos reclame la ciencia para recobrar su trabajada salud. Porque, aquí donde me ves, yo cuento con grandes y poderosas influencias.

Pero para hacerte acreedor á esa proteccion necesitas romper de una vez esa muralla de humo que llaman los tímidos *honor*, y que tú tienes ya quebrantada por el acaso ante los ojos de la sociedad.

Mira, el mundo es una vasta llanura en la que se agitan los hombres á impulso de la ambicion los mas, guiados por el amor á la virtud los menos.

—Esa inmensa llanura se ve atravesada por dos

sendas: una árida y sembrada de abrojos, y otra que, llena de flores, conduce á la cima de una colina de suave descenso, cuyas plantas besa un mar de revueltas pero plateadas olas, en el cual se alzan encantadas islas de deslumbrante verdura, en donde en mágicos palacios moran el sensualismo y los placeres, para llegar á las cuales hay siempre atracadas en la ribera elegantes góndolas de doradas popas, regidas por mujeres de divinos rostros, que, entonando con su voz mas argentina que la de los ruiseñores amorosas baladas, convidan á hacer la travesía.

Pues bien: en esa pradera ya descrita vagan los hombres, como ya te he dicho, á impulsos de los dos sentimientos enunciados.

Los partidarios de esa vision fantasmagórica llamada virtud, padeciendo toda clase de privaciones, alentados por la esperanza de una vida futura que lo mismo puede ser una verdad que una ridícula utopia, consiguiendo casi siempre, por recompensa de sus afanes, morir en medio de las privaciones y de la miseria: al paso que los que con resolucion se arrojan por el otro camino, vuelven despues de tan grata travesía á esplotar la candidez de los primeros, derrochando, sumidos en la holganza, en suntuosas bacanales, el producto del trabajo de aquellos.

—¡Oh! callad, callad; vuestras palabras me hacen un daño atroz.

Vuestras palabras producen en mí el efecto de la mordedura de una víbora.

—Sí; porque mis palabras descorren de tus ojos el velo de color de rosa á través del cual ves todos los objetos, y te muestran el corrompido cadáver que oculta la sociedad bajo el deslumbrante manto de púrpura con que se disfraza.

Mis palabras son el fruto de una larga esperiencia.

Mira, yo tambien como tú he sido jóven; pero la desgracia, la fatalidad, como á ti, me ha hecho conocer la sociedad y despreciarla, haciéndome comprender que para ser feliz basta solo con querer serlo.

—¡Oh! callad por Dios; vuestras palabras producen un efecto terrible en mi corazon, y hacen brotar en él una porcion de deseos hasta ahora desconocidos.

Separaos de mí, os lo ruego; dejadme solo con mis lágrimas y mi desesperacion; yo no puedo, yo no

quiero escuchar vuestras frases, que me envenenan el alma.

(Se continuará.)

REVISTA LITERARIA.

ALBUM DE LA VIOLETA.

Solemnidad literaria de la Biblioteca Nacional.—Discurso pronunciado por el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—Viaje ligero alrededor de los teatros.—Delicias del CUCUYÉ.—Liceo Piquer.

Á la galantería del cuerpo facultativo de la Biblioteca Nacional hemos debido el honor de asistir á la solemnidad literaria que tiene allí lugar todos los años con motivo de la adjudicacion de los premios establecidos por el ministerio de Fomento para recompensar los mejores trabajos bibliográficos que se presenten al certámen; y seria faltar á la gratitud y á la galantería no hacer mencion muy especial de solemnidad tan digna de loa, no solo por la índole, tendencias y espíritu de sus elevadas aspiraciones, sino por los beneficios que de ella se redundan en pro de las letras humanas.

Á la vista de una numerosa, ilustre y distinguida concurrencia, se dió principio al acto con la lectura de las reales órdenes que contenian el programa, nota de las Memorias presentadas al certámen, y juicio del tribunal de censura sobre el mérito absoluto de ellas para la distribucion de los premios.

De estos, el primero fue adjudicado al Sr. Zarco del Valle por un *Catálogo de escritores de bellas artes*; el segundo al Sr. Escudero y Perosso por un *Tratado de tipografía Hispalense*, y, por último, un catálogo de obras dramáticas de autores españoles debido al Sr. Ovilo, y en el cual se dan noticias hasta de siete mil, mereció honrosa consideracion por parte del jurado, que ha encomendado su adquisicion á la Biblioteca.

Inmediatamente se procedió á la lectura de la Memoria que presenta todos los años el director de aquella corporacion, y el Sr. Hartzenbusch, ocupando su asiento, comenzó á leer en alta voz un sabroso y erudito discurso, que fue escuchado por la concurrencia con notable atencion y contentamiento.

Bien quisiéramos dar á nuestros lectores un resumen de la docta, elegante y florida peroracion del Sr. Hartzenbusch, tan llena de verdades profundas, de pensamientos sentenciosos y de consejos de critica; pero seria tarea imposible seguirla en sus bellezas y comentar la doctrina de sus admirables razonamientos, engarzados á manera de perlas en una frase castiza, correcta y grandilocuente, copiosos en imágenes y ricos en todas las galanuras de la elocucion.

En la segunda parte de su discurso nos habló el Sr. Hartzenbusch de la preciosa adquisicion de las obras del inolvidable D. Agustín Durán, hecha por la Biblioteca; y al dar cuenta de la importancia de algunos de los manuscritos contenidos en ella, se elevó su pensamiento grandemente en la inmensa esfera de la critica, hizo brillantes inducciones, y se condujo como sabio filósofo y retórico entendido.

Al hablar de un manuscrito del inmortal Calderon que contiene el primer borrador de su drama *A secreto agravio, secreta venganza*, hizo notar la enorme diferencia que existe entre este trabajo y el que dió limado á la estampa dos años despues. Manifestó que dicho borrador está plagado de variantes groseras, de vulgaridades insipidas y de conceptos desaliñados, siendo indigno de figurar al lado de aquel drama peregrino que dos años mas tarde, sometido á la potestad de la lima, habia de añadir un nuevo laurel inmarcesible á la corona resplandeciente del poeta. Aquí el Sr. Hartzenbusch, imitando á Horacio, á Argensola y á tantos otros preceptistas, encajó las ventajas de la lima en todas las obras del ingenio, puesto que ella hace el oficio del lapidario que reduce las piedras informes á diamantes. Aviso á nuestros modernos fabricantes de letras, á tanta máquina de escribir como funciona en el mercado de la literatura, y cuya fecundidad está en razon directa de la grosera hilaza que producen.

Tambien nos dió cuenta el Sr. Hartzenbusch de un manuscrito de Lope de Vega, hallado en la librería del Sr. Durán, y en el cual se contiene una produccion dramática idéntica á la tan celebrada de Calderon que lleva por título *El alcalde de Zalamea*.

Este precioso hallazgo derriba hasta cierto punto la fama de original que ha alcanzado entre nosotros Calderon.

Sin embargo, entrando el Sr. Hartzenbusch en grandes consideraciones de critica, manifestó, con una fuerza de lógica muy superior, que la originalidad no existe si no se remonta el pensamiento á la primera edad de la civilizacion, donde el arte tiene su infancia; que todos los grandes períodos del progreso se han levantado sobre la tumba del progreso pasado, y que la originalidad debe entenderse, mas que por otra cosa, por la perfeccion de la forma y de los accidentes, por la novedad, gracia y belleza de que se han de revestir las ideas, y, sobre todo, por el mejor desempeño del pensamiento saliente de las obras.

De la concienzuda y juiciosa comparacion establecida por el Sr. Hartzenbusch entre la produccion inmortal de estos dos reyes de la dramática española intitulada *El Alcalde de Zalamea*, resulta, que si bien Calderon tomó de Lope el pensamiento, cosa muy admitida en aquellos tiempos de verdadera usurpacion literaria, le aventajó en el desarrollo, estructura y perfeccion de la obra, siendo esta vez vencido el maestro por el discípulo, como lo fue Schilo por Sófoles, y como lo fue Plauto por el autor de *Tartufe*. En este concepto la fama de original del gran Calderon no sufre detrimento notable, porque el don de la perfeccion es cualidad del genio, equivalente á la originalidad absoluta.

Lo repetimos: seria trabajo improbo acompañar al Sr. Hartzenbusch en su brillante escursion por el campo de las letras humanas, tal y como lo verificó en su discurso pronunciado en la Biblioteca Nacional: hemos apuntado algunas de sus bellezas; y, pues no tenemos espacio para mas, damos por concluido este ligerísimo detalle, no sin ofrecer antes á tan distinguido y erudito retórico, leal tributo de admiracion y de gratitud por lo mucho que se interesa en el esplendor de nuestro progreso intelectual.

Acabada la lectura de la Memoria, se distribuyeron los premios á los agraciados, reemplazando en esta tarea al señor ministro de Fomento el director general de instruccion pública, Sr. Arnau.

Entre la concurrencia figuraban las personas mas ilustres de la nacion. Recordamos haber visto allí á los Sres. Ayala, Arrieta, Castellanos, marques de

Molins, Cañete, Mesonero Romanos y otros que sería prolijo enumerar.

De buen grado continuaríamos en esta revista la serie de estudios que venimos haciendo sobre el teatro nacional; pero no hay en campaña obra nueva que merezca especial consideración, pues la comedia en un acto arreglada del francés por D. Miguel Pastorfido, y estrenada en el coliseo del Príncipe con el título de *Un marido cogido por los cabellos*, carece de importancia, y la pasamos por alto.

El coliseo de Novedades está frío porque es frío, y además porque la concurrencia que le favorece apenas consta de dos docenas de personas. Es lamentable la suerte de este teatro, destinado á ser abismo de ruina de todas las empresas. Noches pasadas, asistimos á la representación de *La Conjuración de Venecia*, uno de los dramas mejor escritos y mejor acabados del insigne Martínez de la Rosa, y hallamos desierto el coliseo. En la ejecución de este drama estuvieron en carácter la María Rodríguez y el apreciable actor Sr. Montaña. Deseamos á la empresa todo género de prosperidades.

En el Circo sigue haciendo las delicias del público *La Almoneda del diablo*, comedia afortunada de magia que ha reportado á su autor, el Sr. Liern, bastante provecho. En esta obra se luce á mas no poder el celeberrimo primer actor del género cómico, señor Miguel, gracioso sin gracia, cómico intonso, mamarachista de primer orden, que tiene un tantico de payaso y un mucho de bufon. ¡Válate Dios y cuánta gloria le prepara al Sr. Miguel el noble arte de la carátula! Este sí que puede parodiar á sus anchas la copla que estampa al fin de su inmortal producción aquel otro Miguel, príncipe de las letras españolas, de inolvidable memoria. Dice así:

"Tate, tate, follonico,
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, gran Rey,
para mí estaba guardada."

Con esto, y con añadir que el Sr. Miguel baila el *Cucuyé* en *La Almoneda del diablo*, está dicho todo. El *Cucuyé* bailado por el Sr. Miguel es cosa para morir de risa, y algo mas. Verdad es que el tal bailecito hace asomar á la faz de la concurrencia colores de grana en ciertos momentos, y que estos colo-

res son como la forma de lo que en poesía se llama rubor; pero no importa, algo se ha de sacrificar á la vulgarísima celebridad del Sr. Miguel, que de esta hecha, y si busca un coplero que le cante, aunque se llame Mingo Rebulgo, de seguro se inmortaliza.

El coliseo de Oriente ha entrado en un nuevo período de esplendor. Á la ovación alcanzada por la Sra. Borghi-Mamo en *Favorita* y *Saffo*, hay que añadir el *debut* de Mad. Lagrange con *Rigoletto*, y la aparición de Fraschini en *Lucia di Lammermoor*. Además, el cuarteto de este gran teatro lírico cuenta ya con el bajo Sr. Bouché, muy aplaudido por el público madrileño. En los números inmediatos nos ocuparemos con algun detenimiento de este coliseo, donde van á rivalizar gloriosamente artistas de *primo cartello* como las Sras. Lagrange y Borghi-Mamo y Fraschini.

Para completar esta revista vamos á hacer una ligera reseña de la última sesión del liceo Piquer, verificada el lunes 25 del actual.

Ante una escogida y brillante concurrencia se presentaron con acierto las comedias en un acto *Miguel y Cristina*, *La vuelta de Estanislao*, y *La Familia improvisada*, en las que tomaron parte las señoritas de Peironet, Álvarez, Regalado, Cabrera y Moreno, y los Sres. Vega, Marquez, Rincon, Castañeda y Ávila. Todos merecieron los honores del aplauso, distinguiéndose muy especialmente por su gracia y desenfado la señorita Álvarez, y por su naturalidad y excelente trabajo los Sres. Vega, Rincon y Marquez. La sección de literatura estuvo dignamente representada por los Sres. Fernandez y Gonzalez, Santistéban y Grilo, que leyeron tres poesías notables. De estas tres composiciones, aplaudidas con entusiasmo, la del Sr. Fernandez y Gonzalez merece muy particular mención por su energía vigorosa, por su entonación, por su estilo valiente y por sus pensamientos sentenciosos.

La sección lírica estuvo representada por la señorita doña Isabel Espeso, que tocó una preciosa fantasía de arpa, con tal delicadeza y con tan perfecta ejecución, que rayó á la altura de una notabilidad de primer orden.

Terminado el espectáculo se retiró la concurrencia muy satisfecha, aplazándose para la sesión próxima.

y teniendo en perspectiva para las que han de seguir las representaciones de *Norma* y *Favorita*, que se están preparando.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Vengo con las manos llenas de novedades para ofrecer á mis elegantes lectoras, en cuyo obsequio pongo en ejercicio la imaginación con el objeto de representármelas diáfanas y vaporosas como los genios elementales del aire, majestuosas é imponentes como las sacerdotisas de Vesta, graciosas y seductoras como las primeras creaciones de una fantasía joven y poeta.

Ocupan el primer lugar dos trajes de sociedad. El primero de tafetan blanco recubierto de tul; la falda tiene varios volantes, dispuestos sobre una altura de veinticinco centímetros, y encima una túnica con varias aberturas, á distancia de sesenta centímetros, sobre los dos tercios de su altura. El bajo y las aberturas están bordeadas de un encañonado. El cuerpo se drapea y guarnece de rosas en medio de un cordón de violetas colocado en línea trasversal; los hombros reciben el mismo adorno, y el prendido guarda conexión con el traje.

El segundo, dispuesto exactamente como el referido, es de tul azul claro, guarnecido de rosas y de acacias azules.

Un traje de interior en cachemir bordado de flores naturales; como asimismo una enagua Camargo de tafetan blanco, terminada por un volante de tafetan franjeado.

Difícil es desplegar ante vuestra vista, lectoras mías, la multitud de adornos de cabeza descritos según los ha creado la inteligencia de hábiles artistas.

El primero es un retorcido de terciopelo verde con cocas de idem, yervas de pavo, violetas de nácar perlado, y pequeña barba de blonda.

Después una diadema de plumas blancas con yervas de oro descendente en lluvia de perlas blancas.

Otra de terciopelo azul con una gran rosa abierta, y *pampilles* negros y oro, formando franja.

Un adorno encantador de terciopelo negro, guar-

necido de un penacho blanco y de una rosa colocada hácia atrás, asomando por la derecha capullos hácia adelante, y un lindo insectillo azul que se destaca sobre la rosa.

Tocas *pajes*, terminadas en punta sobre la frente; esta punta está guarnecida de perlas blancas. Una pluma fija en medio vuelve hácia atrás, y una mariposa de nácar ó un *escargot* (caracol sin concha) retiene el pie.

En sombreros hay creaciones sumamente notables.

Uno de terciopelo azul, cuyo copete es de tul blanco, y tiene el ala formada de varios pliegues. Un sencillo travesaño de tafetan y follajes cardados, color de hoja muerta, se colocan planos sobre el copete, donde retienen una barba de encaje negro que vela el fondo. El interior es de blonda concheada, adornada de una gran rosa hácia la derecha, y de botones cercados de follaje muerto, del lado opuesto; las bridas son de tafetan.

Otro es tendido, de terciopelo Habana claro, ala de tul blanco, recubierto por una parte de encaje negro, liado á la drapería, terminada por un gran pliegue cuadrado, formando *catalana*. Una flor de agua azul de Francia, y rodeada de follaje, entra en el matiz del terciopelo. El bavolet es sumamente plegado. En el interior se descubre igual flor de agua sobre una vuelta de blonda bien abundante. Las bridas son de tafetan igual.

Las capotas de raso son sumamente coquetas, en particular una gris con terciopelo escocés. El terciopelo forma fondo flojo, superado de una gruesa concha de raso que guarnece el sombrero. Son recomendables para las jóvenes los sombreros de terciopelo negro de una sola pieza con el borde concheado de terciopelo azul. El del bavolet está en conexión.

Hay en lencería tantas novedades, que no deben pasar desapercibidas.

Camisetas de batista formadas de pliegues y entredoses bordados, y las mangas cerradas en el puño. Estas se llevan con los cuerpos españoles.

Las gorras son maravillosas en *guipure*, sea forma catalana ó aldeana. Están guarnecidas de terciopelo azul, con rosa musgosa sobre la derecha, y brida atrevando el fondo para venir á anudarse sobre uno de los lados.

Los cuellos jueces tienen dos puntas descendentes por delante. También hay otros cuellos artísticos que recuerdan las bellas lencerías de Flandes. Suelen ser de fina tela de Holanda bordeados de una banda cada lado. Permanecen bajos por detrás y puntiagudos por delante. Las mangas son de codo, con los puños muy altos. Este género es muy distinguido.

Los cuellos y mangas de tela se llevan la palma para paseo sobre los de encaje. Hé aquí la consecuencia de llevar las mangas como las de los hombres. A decir verdad, de masculino solo tienen el nombre, porque la tela está aplicada, sea d'Alençon, de guipure, de Valenciennes, ó bordeada de estos mismos encajes.

La camisa-campana acaba de espedirse de París á Turin para Mad. Rattazzi.

El cuello y puños *atalana*, en terciopelo negro, Valenciennes, y muselina muy clara.

Los fichús-bertas destinados únicamente á las jóvenes, se guarnecen con suma delicadeza con redes de terciopelo punzó encajonadas en una cabecilla de encaje negro. Pasan tres vueltas sobre los hombros, cruzándose delante y detrás, lo que forma cuadrados regulares. Las mangas huecas, de tul, son bullonadas hácia la altura y cortadas en iguales partes por los mismos terciopelos, formando brazaletes una vuelta en la parte baja. Esta creacion es sumamente ligera.

Ademas hay el fichú Diana de Poitiers en Chantilly, velado de crepelina blanca.

El fichú Fontanges formando tirantes detrás y pequeño chaleco por delante.

Me habeis entretenido mucho, amables lectoras, y lo daré por bien empleado si he conseguido agradaros.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE NIÑOS

NÚMERO 1,088.

Traje de niña. Se compone de un primer vestido de cachemir blanco guarnecido de dos volantes listeados de azul. Cuerpo escotado, adornado de una berta puntiaguda en la cintura; mangas largas cerradas con puño y dos volantitos ribeteados de azul. La segunda falda es de cachemir azul, redondeada por delante y abierta hasta la cintura; está entrete-

lada y forrada de tafetan blanco. Forra chaqueta que la acompaña es también redonda. Manguetas, y permanece flotante, no descendiendo sino hasta el talle; tiene pequeños *jockeys* azules. El adorno que sigue los contornos es de aplicaciones de terciopelo perlado de acero, y enlazamientos de *soutache* negro. Pantalón blanco con plieguecitos, medias blancas, botinas azules con puntas de charol. Redecilla azul.

Segundo traje de niña. Color gris polvo, guarnecido de una alta banda escocesa formando puntas en la parte alta, y superada de un bordado. Mangas semi-anchas. Idem interiores accidentadas. Pequeña pelerina igual al vestido. Cuello y mangas bordadas. Sombrero de terciopelo negro adornado de una pluma blanca y de otra idem de pavo, formando penacho y mariposa. Pantalón blanco. Medias idem. Botinas negras.

Traje de niño de diez años. Es ruso, y se compone de dos blusas de terciopelo, una por debajo azul, algunos centímetros mas larga que la de encima; la segunda, de terciopelo negro, es sin mangas. El pantalón ancho es de terciopelo azul y entra en las botas de cuero negro. La blusa azul tiene mangas guarnecidas de astrakan. Cintura de cuero con nudo artístico. Sombrero de terciopelo azul guarnecido de astrakan; penacho de plumas de pavo.

Traje de niño de seis años. Falda y chaqueta de cachemir gris perla, adornados de un plegado negro sobre un viés encarnado; *soutache* negro y cardos encarnados encima del primer adorno. Chaqueta abierta, mangas de codo, guarnecido todo como la falda. Camiseta blanca bordada de encarnado. Pantalón blanco. Sombrero de terciopelo negro guarnecido de astrakan y de plumas escocesas. Vuelta igual y botinas negras.

Traje de niño de ocho años. Vesta y pantalón de paño tortola. Chaleco igual. Casquete gris guarnecido de astrakan negro. Pantalón sujeto á las rodillas. Botinas del mismo color.

Par todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dabrub, calle del Pez, núm. 6, principal.



LES MODES PARISIENNES



Desc
m
cu
m
fig

DE

L
rinc
pues
de l
L
ban
timo
En
habi
may
colos